BX
3714
.S263
B46
1733

✠

CARTA DE EL PADRE LUIS DE BENAVENTE, Superior de las Missiones de los Mojos en la Provincia del Perù al P. Provincial Antonio Garriga, sobre la Muerte, y virtudes del P. Miguel Sanchez, que en dichas Missiones trabajò, y muriò mui exemplarmente, aun despues de haver governado la Provincia.

PAX CHRISTI.

PAra el grave dolor, con que lloran estas Missiones la Muerte del Padre Miguel Sanchez, su mayor Lustre, y su mas firme Columna, por la grandeza de sus acciones, y de su alto respeto, no hallan otro consuelo las lagrymas, que la memoria de sus religiosas virtudes; para que siendo estimulos à la imitacion, nos asseguren tambien piadosamente, que su perdida no ha sido malogro, sino feliz ocasion de tenerlo en mas cercania de Dios, por cuidadoso Abogado de sus amadas Missiones: y porque goze del mismo fruto, y consuelo toda la Provincia, que governò como amorosissimo Padre, se apuntarà brevemente en esta Carta lo que puede contribuir à la edificacion comun, persuadida con sus admirables exemplos.

§. I.

NAciò el P. Miguel en la Ciudad de Arica, de Padres calificados en sangre, y Christiandad, que la mostraron en la piadosa educacion de sus hijos, criandolos en el Santo temor de Dios, y procurandoles, sin perdonar à gasto alguno, quanto podia conducir à su mejor enseñanza. Con esta mira embiaron al Colegio Real de San Martin al P. Miguel; quien, logrando el tiempo, aprovechò en breve, en virtud, y primeras letras, siendo exemplo de sus condiscipulos, y concolegas, con su aplicacion al estudio, y al que puso desde entonces de procurar sus adelantamientos en lo virtuoso; para que se ayudaba de repetidos recursos à la Virgen de Loreto, y de frequente uso de Sacramentos, sobre el que prescriben las Leyes del Colegio. Llamòle Dios à la Compañia, y docil à sus voces las obedeciò fervoroso, porque supo lograrle à Dios sus inspiraciones,

A

piraciones, y aquellos desengaños, con que para el desprecio del Mundo, y sus falsas esperanzas alumbraba la innocencia de su alma. Recibiòlo el Santo P. Martin de Xauregui, Provincial entonces de esta Provincia, à 25. de Noviembre de 1684. y mientras viviò, mirò como especial beneficio de la piedad Divina este de su vocacion, con constante accion de gracias, que jamàs supo olvidar su agradecido reconocimiento. Explicòlo mejor con el fervor de su Noviciado, y el aprecio, que hacia de aquellas menudencias, que son el cimiento todo de la vida Religiosa, y como flores del fruto de solidas virtudes para despues: à que le ayudò mucho el cuidado, que puso en seguirle sus documentos à el V. P. Francisco de la Massa, su Maestro de Novicios; quien, ò por inclinacion, ò por superior luz de lo que havia de ser, puso especial cuidado en su instruccion.

Hechos sus Votos, y concluidos con credito de repetidas funciones de mucho lucimiento sus estudios en el Colegio de San Pablo, se Ordenò de Sacerdote en Lima, y haviendo tenido su tercera Probacion en el Cuzco; le señalò la Obediencia al Colegio de Arequipa, que fue el unico, que le logrò, mientras viviò en la Provincia. Su primera ocupacion fue la de Maestro de Gramatica; en que llenò su obligacion, porque supo hacer aprecio, y mirar como proprio ministerio de la Compañia, el que exercitado como se debe le ha acarreado mucho credito; y sobre ser de mucho merito para con Dios, conduce tanto al buen logro de la juventud de las Republicas. Casi todo el tiempo, que estuvo en este Colegio, tuvo el cargo de Ministro, que desempeñò su Religiosa prudencia, y prudente suavidad, que haciendole amable à todos, conseguia juntamente puntualidades à la Regular Observancia, guiando en ella su exemplo, su aplicacion al Confessionario, y à todos nuestros ministerios.

En el Pulpito fue mui singular su talento, que ayudado de su aplicacion, y estudiosidad, le mereciò creditos no vulgares en la Predicacion: y como en su estylo fue siempre tan natural la discrecion, consiguiò ser celebrado de todos, y honrado desempeño de las funciones, que ponia a su cuidado el aprecio de sus aciertos. En el auge se hallaba de sus aplausos, quando queriendo Dios, que

sus

ſus prendas tuvieſſen otro empleo, le poſtrò en una cama al rigor de un tabardillo tan executivo, que ſe viò en gran peligro ſu vida, con grave ſentimiento de aquella Ciudad, que al paſſo que le veneraba por ſus prendas, lloraba como intempeſtivo malogro ſu perdida. Eſmeròſe entonces la Religion de Predicadores en ſignificar ſu amoroſo cuidado, y ſu dolor; paſſando ſu fineza à la demonſtracion de venir toda la Comunidad à nueſtro Colegio, trayendo en Proceſsion el hermoſo Simulacro de ſu Iluſtre Fundador Santo Domingo, que para Medico de ſu ſalud, ſe lo dexaron en ſu apoſento al P. Miguel, que agradecido à tal viſita, ſe recobrò del rieſgo, à que le tenia reducido ſu accidente; y pudo hacerſe juicio probable, de que era ſu mejoria favor debido à la interceſsion de el Glorioſo Santo; y como premio de la ternura, y afecto, que deſde niño le profeſsò, y en que fue conſtante toda ſu vida, mirandole como eſpecial Patron; y teniendo ſiempre à la viſta ſu Imagen para nunca olvidar el beneficio, que le debiò en eſta enfermedad.

En ella le avivò Dios las luces del deſengaño, diſponiendo ſu corazon con inſpiraciones, que le llamaban à deſagraviar lo que al juicio de ſu humildad havia haſta entonces perdido de tiempo en ſus miniſterios, que aunque luſtroſos, y de credito, examinados de nuevo en el chryſol de ſu peligro, los mirò con otros ojos, y tan llenos de eſcoria, que no le eran de conſuelo para llevados al Juicio de Dios en la muerte. Sintiòſe movido à procurar la mayor perfeccion de ſu alma, y que fueſſe merito à conſeguirla, el dedicarſe à las Miſsiones de Gentiles. Pidiò à los Superiores eſtas de los Mojos con indiferencia Religioſa; pero con tal eficacia de razones, que deſpues de examinada ſu vocacion, y mirada como de lo alto, ſe la aprobaron, y le dieron la licencia, que deſeaba, ſin reparar en la falta, que harian à los Colegios ſus prendas, quando las daba nuevo realce en conſagrarlas à Dios en empleo tan proprio de nueſtro Inſtituto, y que con tanto aprecio ha atendido ſiempre nueſtra Santa Provincia, premiada de Dios con los Sugetos de prendas, con que la enriquece por los que conſagra à miniſterios tan de ſu gloria, y tan de ſu agrado.

§. II.

EN alas de su fervoroso zelo volò luego à estos Sagrados Retiros: y aunque fue mui trabajosa su entrada, por haverla dirigido por caminos asperos, y no trillados, olvidò breve sus fatigas, y los peligros, que vino pisando à cada passo; con el consuelo de que bañò Dios su alma en la possession de sus deseos, que tomò el año de 1707. por el mes de Noviembre, en que entrò à estas Missiones: y luego que llegò à la primera reduccion, diò seguro testimonio de lo que apreciaba su nuevo empleo en la accion humilde de besar el suelo, como que à su juicio era indigno de pisar aquella tierra, que havian santificado los exemplos, y los sudores de sus Hermanos.

El primer año de Missionero (en que no se hace poco en sufrir los rigores extraños de los calores del Paìs) lo passò en las Missiones de San Xavier, la Trinidad, y Exaltacion de la Cruz. El corto tiempo de pocos meses, que gastò en las dos primeras, en que se habla la lengua Moja, fue bastante para con su incessante aplicacion, y superior capacidad, se hiciesse dueño de sus voces, y dialectos, logrando en hablarla aquella expedicion necessaria para el trato con los Indios, y poderlos confessar, como lo hizo siempre en qualquiera Mission, que se hallasse, porque generalmente en todas hai quien la entienda, y la hable. En el Idioma Cayubàba, que es proprio del Pueblo de la Exaltacion, iba entrando con la misma facilidad, que en la Lengua Moja; quando abriendo Dios puerta à la conversion de la dilatada Provincia de los Baures, regada antes con la sangre del V. P. Cypriano Barase, que sin duda desde el Cielo moviò sus animos à lo que no consiguiò en la tierra; echaron mano los Superiores del P. Miguel, para que acompañasse en la fundacion de aquella nueva Viña al P. Antonio de Orellana, que abandonando el amor de sus primeros hijos en el Pueblo de San Ignacio, se havia ofrecido à esta Apostolica empressa, que havia menester todo su gran corazon para allanar las dificultades, que se ofrecian para ella.

Salieron juntos desde la Mission de San Pedro; y siendo necessario para llegar à los Baures, atravesar por Vecindades de Infieles, se vieron en manifiesto peligro de la vida, y entre las flechas de los Barbaros Itonàmas, à quienes la Providencia Divina detuvo, para

que

que no passasse à execucion el intento de su furor. Al verse el P. Miguel en tanto riesgo, apartò de sì una escopeta que llevaba; y en medio de su natural susto, dexandose llevar de lo salado, y discreto de su genio, dixo: *Con este Christo en las manos no murieron los Apostoles?* Y asiendose fuertemente de un Santo Crucifixo, que llevaba al cuello, se dispuso para lo que fuesse de el gusto de Dios, ofreciendole su vida, como victima de su zelo, y de su amor. Quedò en solo amago el dañado intento de los Barbaros, y llegò salvo à los Pueblos de los Baures, donde à costa de muchos trabajos, incomodidades, y fatigas, echò los cimientos à la Mission de la Purissima Concepcion de nuestra Señora, que fue la primera de las que se han fundado despues, y la que con su exemplo ha facilitado las demàs.

Todo entregado se hallaba al cultivo de aquella nueva mies, quando haviendo muerto el Missionero, que cuidaba de la Exaltacion, que estaba solo en ella, y con su falta quedaba desamparada, le ordenò la Obediencia volviesse segunda vez à los Cayubàbas de la Exaltacion, que ya le conocian, y amaban, y tenia luz bastante de su lengua. Perficionarse en ella fue su primer cuidado, y consiguiolo à fuerza de estudio, y aplicacion, y con el trato mismo de los Indios. Aqui en este Pueblo hizo asiento fixo por quince años, y fue su principal Apostolado, donde obrò maravillas su zelo, su desvelada actividad, y lo ardiente de su amor à Dios, y al proximo.

Aunque mui desbastados de su tosca barbaridad, por diligencia de su primer Fundador, hallò todavia Gentiles à los Cayubàbas; que entra mui de espacio la luz en lo tenebroso de la corta capacidad de los Barbaros, y es necessario caminar al passo lento de su tarda disposicion, sustentarse de solo esperanzas por mucho tiempo, darlo à la gracia del Señor para que obre, y no malograr, por apresurado, el remedio. Con suavidad; pero con grande eficacia, se aplicò todo à la educacion, doctrina, y cultivo de sus nuevos hijos, y en breve comenzò à coger el fruto de lo que havia regado su sudor, en los Bautismos generales, que fue haciendo de Adultos, despues de bien instruidos, y radicados en lo que debiàn creer, y obrar:

precediendo antes examen menudo de ſu ſuficiencia en la Doctrina; y por muchos dias repetidas explicaciones de ſus puntos principales, y cuya Fè explicita capacita al adulto para eſte Sacramento, en que era incanſable, como que conocia la importancia de eſta diligencia: y era de ver el fervor, con que antes de recibirle, eſtando ya en la Igleſia el Cathecumeno, lo procuraba mover al dolor neceſſario para el logro del fruto de la gracia, que caſi ſe hace viſible por la mudanza, que ſe reconoce en los bautizados, cotejandolos con ellos miſmos antes de ſerlo. Su continua tarea en diſponer à los Cathecumenos, paſſaba deſpues à un vigilante cuidado de adelantar en Chriſtiandad à los que ya tenia bautizados. Conſideraba mui de continuo, como Pueblo de Dios, y Grei, que le havia encomendado ſu Mageſtad, y de que le havia de dar cuenta, aquellas almas de que cuidaba, y aſsi concluia todos ſus Sermones, volviendoſe al Señor, y bendiciendo à ſus oyentes con eſtas palabras: *Salvum fac Populum tuum Domine, & benedic hereditati tuæ; & rege eos, & extolle illos uſque in æternum.*

En conocimiento de lo que conducen al aumento, y firmeza de la Fè las eſpecies, que entran por los ojos, y avivan las que interiormente comunica Dios à las almas, puſo gran cuidado en promover los aſſeos de ſu Igleſia, quanto le permitieron ſus fuerzas. Fue tarea de ſu zelo promover en quanto pudo el Culto del Señor, y de ſus Santos; celebrando ſus Fieſtas con quanto aparato, y grandeza le era poſsible. Solicitò, que ſe adieſtraſſen en la Muſica, y entablò con ella la Proceſsion del Roſario los Sabados, deſpues de cantar la Salve, y la Letania en la Igleſia, y por la mañana la Miſſa de nueſtra Señora, ſegun las Rubricas de que era obſervantiſsimo.

En las Proceſsiones de la Semana Santa conſiguiò infundir en ſus nuevos Chriſtianos, una terniſsima devocion con la Paſsion del Señor, explicada en rios de ſangre de los muchos, que ſalen azotandoſe, y en otros rigores, que intenta ſu fervor, y no ſe hicieran creibles, ſino ſe vieſſen executados. Dexò tambien entablada para el dia de la Reſurreccion una ſolemne repreſentacion del Myſterio, y del gozo de Maria Santiſsima eſte dia, en una Proceſsion alegriſsima, que enternece, y alegra devotamente los animos de los pre-

ſentes.

ſentes. En nada de quanto podia hacer al aumento de la Fè, y la devocion de ſus hijos, ſe deſentendia ſu zelo, y ſu cuidado, y ponialo en advertir en los Pueblos mas antiguos aquello, en que ſe adelantaba ſu Chriſtiandad, para tranſplantarlo al ſuyo con la imitacion; como lo executò en el entable del Jubileo de las quarenta horas, con tal aſsiſtencia al Señor de aquella gente, y tal abundancia de Comuniones, que en medio de gaſtar todo el dia, y parte de la noche en el confeſſonario; ſe olvidaba de ſu fatiga, y eran eſtos tres dias los de ſu mayor conſuelo, y los que miraba como deſagravio de ſus trabajos.

En la aſsiſtencia de los enfermos fue infatigable ſu charidad, eſtudiando de propoſito quanto podia adquirir de noticias medicas, para el alivio de ſus males. Viſitabalos mañana, y tarde, cuidando deſpues ſu amor de la puntualidad en la aplicacion de los medicamentos, y en adminiſtrar ſin tardanza los Sacramentos à los que veia con algun rieſgo. Fuera de darles à todos lo que havian de comer, cuidaba con eſpecialidad del regalo de los mas neceſsitados, embiandoles el plato de ſu meſa; y à veces quitandoſelo de la boca, por darlo à Chriſto, à quien contemplaba en el enfermo, que ſervia.

Adieſtrò mucho à ſus hijos en lo publico, y trato civil, que tanto ayuda à lo Chriſtiano; y para eſto hacia, que fueſſen reſpetados los que adminiſtraban Juſticia, como que ordinariamente ſon los organos por donde paſſan à todo el Pueblo las ordenes, è inſtrucciones del Miſsionero. Puſo eſpecial cuidado ſobre que las caſas de los Indios, fuera de bien hechas, y abrigadas, por lo que eſto conduce à la ſalud, abundaſſen de ſus comidas, para que la neceſsidad no los induxeſſe à alguna fuga. Con eſta prevencion, pudo deſpues de tener bien acomodada à ſu gente, trabajar con ella en nueſtra Caſa; y acabada eſta, poner el ombro à la fabrica de la Igleſia, que le ſaliò tan ſolida, tan ſegura, y tan hermoſa, que es de las mejores de nueſtras Miſsiones. Adornòla deſpues con un Altar Mayor de tres cuerpos, y los Colaterales del Santo Chriſto, y nueſtra Señora, todos de Cedro, y de belliſsima Arquitectura, y talla, que parecieran bien en qualquiera parte del Perù.

§. III.

§. III.

ESte amoroso cuidado, que tan bien le estaba al Pueblo de la Exaltacion, quiso Dios, que se extendiesse à los demàs con la providencia de ser señalado Superior de las Missiones, con general consuelo de todos los Missioneros, y solo con pena del P. Miguel, y de su humildad, que le hacia creer, que ni el nombre de Missionero merecia; y que era monstruosso efecto de falta de conocimiento de su ineptitud, haverle nombrado Superior. No hallò resquicio à la propuesta, segun lo que previene lo municipal de nuestras ordenes; y assi à pesar de su repugnancia, y del baxissimo concepto, que de sì formaba, se rindiò à lo que Dios disponia, confiando de su poderosa assistencia, quanto desconfiaba de sì proprio. Estrechòse mas con Dios, y en su recurso continuo, y fervoroso, hallò para el acierto las luces, que necessitaba. Con la dulzura natural de sus voces, y la suave eficacia de sus exemplos promovio grandemente quanto intentò en aumento de las Missiones. Visitòla varias veces; y su discreto agrado hacia tan amable su presencia, que era sensible mortificacion à sus subditos su partida. Gobernò como P. y con tan desvelada atencion al alivio de los Missioneros, que sin retraerlos el respecto de Superior, su agrado les ensanchaba los senos de su confianza; y sin lesion del debido rendimiento à sus disposiciones, las veneraban como del Cielo; y la misma amabilidad de su persona retratada en lo que mandaba, les hacia gustosa la obediencia de sus ordenes. Nunca mandò con imperio; pero tenialo en las voluntades; y aun las voces, que por su humanidad sonaban à ruego, hallaban tal acogida en la sujeccion amante de los PP. que las miraban como inviolable precepto.

Cerca de 4. años gobernò las Missiones; y haviendole venido Successor, solo el P. Miguel gustò de la mudanza; y no la tuvo en la fervorosa aplicacion, con que de nuevo volviò à cuidar su antiguo Pueblo de la Exaltacion; antes si, como para despique de las ausencias, à que le necessitò su cargo de Superior, creciò su vigilancia, y su cuidado, aplicando de nuevo à sus augmentos las eficacias de su amor. Continuò con fervoroso tezon en esta solicitud por algunos años hasta principios del de 1724. en que nombrado Provincial

cial de esta Provincia, huvo de dexar su retiro à costa de la mucha sangre, que hacia à su corazon el dexarlo. Hizo juicio, que solo à Roma podia ser la apelacion de su repugnancia; y la propuesta de la que humilde, llamaba indignidad de su persona: que à haver imaginado posible lo contrario, huviera precedido con su exemplo al que fue despues singular edificacion de la Provincia.

No es para omitida la circunstancia, en que recibiò la noticia de su honor; pues haviendo llegado despues de media noche à su Pueblo las Cartas, que le incluìan el nombramiento de N. P. General, le hallaron los dos Missioneros, que se las llevaban, assistiendo à un enfermo, que à aquellas horas le havia llamado para su consuelo: prueba de su despierta vigilancia, y de lo que le premiaba Dios, aun en esta vida las fatigas de su zelo.

Aterrado de lo que le hacia creer de sì mismo, su humildad; y anonadado en las especies, que esta le ministraba à su proprio conocimiento, lloraba sin consuelo el peso de su Cruz: y si algo se la aligeraba; era la cierta persuasion de los socorros de la gracia, en conocimiento de que quanto es mas debil el instrumento, que para sus horas escoge Dios, le acredita mas su poder, y su providencia. Echòse confiado en sus amorosos brazos, y navegando mas en el mar de sus lagrymas, que en las aguas del Rio, saliò para Santa Cruz, y continuò despues su viaje, visitando los Colegios con gran consuelo de sus Subditos, à quienes lo hizo amable la dulzura de su trato, y el natural agrado, y suavidad, que experimentaron desde luego, y les abria puerta franca à la confianza. Corriò la Provincia toda, y toda la fue sembrando de exemplos en la pobreza summa de su persona, y la que mostraba en su ajuar de caminante, que era mui al talle de su mortificacion, y desprecio. Ningun sugeto le trataba, que no encontrasse mui de temple las entrañas de su charidad: à todos miraba, y oìa como Padre, y acordandose juntamente, que trataba hijos de Dios, hacia dictamen, que nunca podria exceder en lo benigno de su genio, formando juicio, de que el medio mas à proposito para promover la Regular Observancia (blanco unico, y el principal objeto de su cuidado) era el de la suavidad: por lo qual, todo dulzuras en su trato, y en lo urbano de sus voces,

procurò dar gusto à todos en lo que veìa, no quedaba disgustada su obligacion de atender primero al del Señor.

§. IV.

CONcluido su Govierno, en la misma ocasion que le vino nombrado Succesor, le señalò N. P. General por Rector del Colegio Maximo de San Pablo, y dexandose llevar de los Impulsos de su humildad, que le hacia sentir tan bajamente de su aptitud, para ocupacion tan superior, mojando la pluma en su misma congoja, representò por escrito al P. Provincial, y à su Consulta de Provincia tales razones, tan eficaces, y tan manifestativas de su desconsuelo, y amargura de corazon, que se juzgaron bastantes para no negarse à su deseo, que era huirle el cuerpo à la honra, que de nuevo le hacia N. P. y de restituirse à su centro con estas Missiones. Obtenida esta licencia, se puso luego en camino, sin que le arredrassen distancias, ni trabajos, porque todo se lo facilitaba su amor, y el aprecio de estos ministerios, en que tan sin riesgo de polvo, que los deslustre, se hace la causa de Dios. Poco mas de ocho meses de fatigas le tuvo de costo el ver logradas sus ansias, llegando à estas Missiones por el mes de Junio del año de 1727. y desde luego fue su descanso tratar con veras del fin, que lo traia al Sagrado de estos retiros.

Tanteò sus fuerzas corporales; y viendo, que con sus años, y trabajos havian descaecido mucho de su vigor: haciendo juicio, de que no estaba para encargarse de Pueblo alguno, y que su preciso esparcimiento al cuidado de lo temporal, de que depende su buen govierno, y permanencia; le podia divertir algo del blanco unico, à que havia mirado en su vuelta à las Missiones, que fue el de disponerse à morir con sossiego, y lavar con lagrymas los yerros, que como humilde imaginaba havia cometido en su govierno; atropellando el natural amor, con que miraba al Pueblo de la Exaltacion, y à sus antiguos hijos los Cayubàbas; usò del permisso, y licencia, que se le diò, quedandose en la reduccion de San Pedro Apostol, que es la mas numerosa de nuestras Missiones, y para que no sobraba como tercero en ella el P. Miguel.

Restituido à estos empleos de Missionero, no contento con lo que

que en ſus miniſterios havia grangeado de merecimientos, alzò mas el buelo; anhelando en todo à esfera mas ſuperior de perfeccion, con entero ſacrificio de ſus afectos, conſagrados à ſolo Dios; por cuyo amor, y el bien de las almas, emprendiò con vigoroſo aliento el eſtudio (de ſuyo moleſto, y ſeco) de la lengua Canicianа, que ſe habla en el Pueblo de San Pedro; que ſobre ſer de ſuyo aſpera, ni en una ſola voz concuerda, ni friſſa con la Cayubàba, y Moja, que ſabia. No tardò mucho en habilitarſe en ella, para ayudar en las confeſsiones, y demàs miniſterios con los Indios; en cuya natural eſquivez, y cortedad tenia luego dominio por el agrado amoroſo, con que los trataba, y ſe hacia à todos amable.

Deſeoſo de no malograr inſtante de tiempo, y de emplearlo todo en atheſorar para lo eterno, entablò una invariable diſtribucion, en que alternados ſus ſantos exercicios, ſirvieſſe de deſcanſo la variacion, y fueſſen conſecutiva llama, que avivaſen en ſu memoria, y corazon los incendios del amor Divino, à que anhelaban ſus anſias; y à cuya conſecucion repetia con frequencia aquel: *Amorem tui ſolum cum gratia ſua mihi dones*, que le enſeñò el exemplo del Etna del amor de Dios N. P. S. Ignacio.

La diſtribucion(en que ſolo alteraba algo en los dias de cōcurſo de confeſsiones, ò de algun otro miniſterio, à que lo llamaſſe ſu zelo) era la ſiguiente. Levantabaſe ſiempre à las tres de la mañana: y preparado à la Oracion, la tenia de rodillas haſta cerca de la Aurora, en que bajaba à la Sacriſtia, y dicha Miſſa, para que de nuevo ſe volvia à preparar en la preſencia de Chriſto Sacramentado; ſe quedaba en la Igleſia dando gracias, con tanto eſpacio, que no ſe movia, haſta que ſe huvieſſen acabado las Miſſas de los ſugetos, que concurrian (que de ordinario los ſuele haver en aquella Miſsion, por ſer como Puerto de las mas de nueſtras Reducciones) y quando menos, oia las dos de los dos PP. ſus Compañeros. Seguiaſe à un corto intervalo de deſcanſo, el rezar de rodillas las Horas menores del Oficio Divino. Comenzaba deſpues la ſerie de ſus Oraciones vocales, que eran tantas, que le era preciſo partirlas, y dexar algunas para la tarde. Gaſtada en eſto lo mas de la mañana, repetia viſitas al Señor en la Igleſia, y rezaba la Eſtacion. Volvia à ſu apo-

ſento à entretener el tiempo con guſto, y provecho de ſu alma en la leccion de algun libro devoto; y todos los dias, la que correſponde en el Año Virgineo, para fervorizarſe mas, y mas en el amor de Maria Santiſsima, embiandole al Author los afectos de ſu pluma, y trasladandolos en ſu alma con indecible ternura, que muchas veces la hacian viſible ſus lagrymas. Concluìa eſtas piadoſas tareas de ſu eſpiritu con un examen mui menudo de ſu conciencia, en que ſolia paſſar del quarto de hora de nueſtro ordinario eſtylo, y Religioſa obligacion.

Deſpues de la moderada refeccion, que tomaba à medio dia, en que ſiempre procurò llevar por compañera à la mortificacion; y deſpues de nueva viſita al Señor en la Igleſia, aſsiſtiendo à la Letania, ſe reſtituìa deſpues de la quiete à ſu apoſento à conciliar algun deſcanſo en la ſieſta, aunque con la penſion de lidiar con lo que en aquellas horas aprieta el Sol, y ſus calores, de que ſolo puede hacer juicio quien lo experimenta.

Volvian ſobre tarde à repetirſe ſus indiſpenſables tareas, y deſpues que concluìa lo que le havia reſtado de ſus devociones (que ya era tiempo para prevenir los Maitines del dia ſiguiente, que rezaba de rodillas) y aliviaba ſu canſancio con leer alguna Hiſtoria Sagrada, que era la Vida de algun Santo, ò las de nueſtros Varones Iluſtres; en que al miſmo tiempo hallaba motivos de confuſion para augmento de ſu humildad, y de enardecerſe para ſu imitacion. Hacia deſpues nueva viſita al Señor en la Igleſia; entonces viſitaba los cinco altares, y rezaba otras devociones. Caida ya la tarde, daba ordinariamente una vuelta al Pueblo, logrando alguna diverſion, y juntamente exercitar la charidad en el conſuelo de los enfermos. Seguiaſe deſpues el tributo à nueſtra Señora, de ſu Santiſsimo Roſario, que ſiempre le rezò de rodillas, y con terniſsima devocion, excitada de los Myſterios, que juntamente meditaba, ſegun la correſpondencia de los dias. Retirado deſpues à ſu apoſento, haſta hacerſe hora de la cena, leia leccion Eſpiritual. Acabada la cena, y la quiete, deſpues de viſitar nuevamente al Señor en la Igleſia, ſe recogia; y leidos los puntos para la meditacion de el dia ſiguiente, cerraba la ſerie de ſu diſtribucion con el examen, y concluido

cluido este con fervorosos Actos de Contricion, que aun entre dia eran el continuo exercicio de su amante corazon, se recogia à descansar; si es que merece nombre de descanso dormir vestido en tierra tan de fuego, como lo usò la mayor parte de su vida de Missionero, ò sin sabanas, quando se desnudaba.

A esta bien ordenada, y prudente serie de sus devotos exercicios añadìa mucha alma el espiritu, con que las hacia. En la Oracion Mental de la mañana, y en la que despues repetia los ratos, que se retiraba à la Iglesia, parecia de fuego su corazon, segun ardian sus afectos, y publicaba mudamente la eloquencia de sus lagrymas. En las sequedades, que à veces le destinaba à su mayor merecimiento la Providencia del Altissimo, no se desentendia su paciencia, y su humildad: esta para reconocerse indigno, aun de ser admitido à la presencia del Señor, y aquella para tolerar los que parecian despegos en la Divina Piedad, procurando entonces alentarse mas à repetir clamores amorosos à las puertas de la Misericordia; porque nunca sus fervores hacian pie en lo sensible de las ternuras, aunque las miraba agradecido como don Divino, y las sabia lograr, enardeciendose entonces mas su corazon con fogosos vuelos al centro de su amor.

El fomento del fuego de su Oracion, era entredia una respetosa, viva, y frequente presencia de Dios, que procuraba por varios medios, principalmente con el repetido uso de ardientes Jaculatorias, en especial de la correspondiente al dia, en que se hallaba, segun el contrato, que con Dios tenia hecho, en la forma que lo trae en su Codicia Santa de Gracia, el P. Juan Eusebio, que es un thesoro, ò abundante mina de grandes merecimientos.

Avivaba tambien este Divino incendio con la humilde reverente adoracion de alguna parte del Sacrosanto Cuerpo de nuestro Señor Jesu Christo, segun las tenia repartidas en los dias de la semana, saludando una cada dia con la mayor frequencia, que le era possible; venerandola, y uniendo su espiritu con ella, para agradarla, estimarla, y lograr en su alma los copiosos frutos de las gracias, que por su amor le pedìa.

Fuera de algunos pocos dias, que al mes destinaba para la meditacion

ditacion de los exercicios de la primera semana, y otras materias de su devocion; la frequente, que servia à su oracion, era la vida, Passion, y muerte de N. Redemptor Jesu Christo, en cuyos exemplos, como en Escuela practica de la perfeccion, estudiaba el exercicio de la imitacion de sus virtudes. Derretiase su encendido corazon en esta hoguera de los excessos de amor de Jesus; y lloraba no saberlos corresponder, como quisiera; haver dado causa à tanta afrenta, y dolor con sus culpas; y que la pena de haverlas cometido no le quitasse mil veces la vida, como deseaba.

Estos, y otros ardientes afectos expressan unas 15. Meditaciones, que de la muerte, Cruz, cinco llagas, Passion, è instrumentos de èlla tenia compuestas; que si pudieran trasladarse en esta Carta, èllas mismas fueran eloquente eficaz prueba del fervor de la pluma, que las escribiò, è hicieran patente la fragua, en que se sabian forjar rayos tan activos, y tan al temple de su Espiritu. Todas respiran devocion, ternura, reconocimiento, gratitud, y otros encendidos afectos, que abrasaban su pecho, y eran incentivos de su tierna compassion.

§. V.

TOdo su amor era Christo Crucificado; pero un amor, que al mismo tiempo despertaba en su alma grandes temores à vista de la que juzgaba en sì, como humilde, ingrata correspondencia; y solia decir: *Que los hombres no sabèmos apreciar lo que Christo hizo por nosotros*: añadia (que era como tema de su rezelo medroso) el considerar, *qual serà nuestra confusion, quando en la otra Vida se corra el Velo, y nos digan: Hombre mira lo que Jesu Christo hizo por ti: mira lo que le debes: mira su amor*; y al proferir estas palabras, se las atajaban sus lagrymas, exprimiendo en ellas lo que no explicaba su voz. Para avivar la memoria de los pasos de la Passion del Señor, con que tanto se regalaba su Espiritu, hacia todos los Jueves la Via Sacra, formando las Estaciones por varias Imagenes, ò estampas proporcionadas, que à este fin tenia repartidas en su Aposento. Repetia el Viernes el exercicio de las cinco llagas, que se hace este dia en nuestra Iglesia de San Pablo; y era tan tierno, y devoto el ahinco, con que aplicaba sus puros labios à las

llagas

llagas del Señor, que daba à entender el afecto, con que quisiera quedar sumergido en ellas. Solia decir, q̃ nuestras juntas, no havian de tener otra mira, ò que la principal havia de ser, para hablar del amor de Jesu Christo. Al sujeto, de quien tenia alguna confianza, le pedia con humildad, le enseñasse algunos peculiar es modos, con que crecer en el amor del Crucificado.

El que ideò su ingenioso amor, fue crucificarse à sì mismo en una cruelissima Cruz de madera, tachonada de mas de 40. puntas de hierro, tan agudas, que solo la gracia de Dios pudo darle aliento à tan sensible mortificacion. Esta se fixaba à los pechos los Viernes, haciendole tolerable la acerbidad de sus dolores, la consideracion de los de Christo: y si se lo huviera permitido su cõfessor, huviera seguido sus fervores; y la huviera usado todos los dias. Esta Cruz se hallò despues de su muerte entre varios instrumentos del rigor, con que se trataba, como cilicio de hierro, que se ponia tres veces à la semana; y disciplinas de cadenillas de alambre, que le servian Miercoles, Viernes, y Sabado, ajustandose al permisso de su confessor; sin cuya licencia no daba passo, ni aun à aquello mismo, que le dictaba su amor à Dios, rezeloso de no desagradarle con la imperfeccion de su propria voluntad, cuya mala mescla miraba con horror, como polilla, y peste, aun de lo bueno de nuestras obras.

Al noble incendio, que havia despertado en su alma lo fervoroso, y atento de su oracion de la mañana, procuraba dar nuevo aliento, y realce de mas merito con encaminarlo como disposicion para el Santo Sacrificio de la Missa. Prevenido anteriormente con los ardores, que en ella havia excitado à su corazon el Espiritu Divino; sin dar lugar à otro cuidado, solo le ponia en purificar mas, y mas su alma para llegarse à la Mesa del Altar. Hacia larga pausa en la presencia de Christo Sacramentado: y despues de llorar alli sus defectos, pedirle perdon de ellos, y alentar su confianza para no rendirse à la pusilanimidad, à que le tiraba lo mismo, que conocia del tremendo Sacrificio, que havia de celebrar, passaba à revestirse en la Sacristia, manifestando en lo exterior de su compostura, y encendimiento de su rostro, los afectos de su corazon, que hace patentes un escrito, que dexò con los punctos, de que se havia de

valer

valer en la Missa; y havian de servirle para fervorizarlo en ella, y lograr en abundancia con su ardiente disposicion los frutos de tan alto Sacrificio; en que siempre llenaba la media hora de nuestra obligacion. Sus principales afectos, eran; de profunda reverencia, para anonadarse en la presencia Divina; de dolor, y confusion de sus pecados para detestarlos, y aborrecerlos; de abatimento, y humildad, para ponerse aun à los pies de los condenados; de amor de la Bondad de Dios, para admirarla, y agradecerla con todas sus fuerzas; de ruegos à la Reina de los Angeles, para enviarle, y pedirle la pureza de sus manos, y corazon. Desde el principio al fin de la Missa, ardia su amante pecho, infundiendo devocion, en quien se la oìa: pero en la Consagracion, y Comunion, era un Etna de amor; de que le quedaban reliquias para empleo de todo el dia, y le servian de disponerse para la Missa del siguiente manifestando estos sus afectos en continuas ternuras, que brotaban à veces à lo exterior de los labios, si hablaba con persona de su confianza.

En la accion de gracias despues de la Missa, desplegaba las velas de su devocion, logrando aquel precioso tiempo, en que se le franqueaban en su fuente las Misericordias Divinas, y la gracia del Señor. Quando menos, tardaba en ellas el espacio de media hora, y muchas veces, de hora entera; y siempre de rodillas, y con devota reverencia, que ella misma indicaba la viveza, con que à los ojos de su Fè, se hacia presente el Soberano Huesped de su pecho; à quien repetia tiernos afectos, y humildes ruegos; renovando entonces sus propositos, y sus votos, y negociando para el resto del dia, fuerzas que lo alentassen à mantener en su vigor, y eficacia las luces, que entonces se le franqueaban; y las que en la Oracion havian precedido.

Estas las volvia à solicitar en las repetidas visitas, que le hacia à Christo Sacramentado: en las quales, por la mañana, à la tarde, y à la noche, seguia la forma, que en su Libro de Oro *de Cœlesti conversatione*, enseña el P. Antonio Natali, de nuestra Compañia, que incluye actos heroicos; de adoracion; de accion de gracias; de dolor de pecados; de Fè, esperanza, y charidad; comunion espiritual: renovacion de votos, propositos; memoria de la Passion; y

fer-

fervientes peticiones, ſegun la propria neceſsidad, y lo que ſe deſea alcanzar del Señor. Con eſte medio lograba para lo mas del dia el don de la actual preſencia de Dios; y eſtàr en un continuado exercicio de las principales virtudes; y en un inceſſante clamor à Dios para crecer en ellas.

§. VI.

EN la humildad, cimiento hermoſo, y el mas ſeguro à la ſublime fabrica de las demàs virtudes; profundò tanto, que à juicio de los que le comunicaron intimamente, la tuvo en grado heroico. En ſu eſtimacion, todas ſus obras eran imperfecciones; nada miraba en sì, que mereciеſſe aprecio; y ſe juzgaba contemptible, aun à los miſmos Indios. Oyò con horror, y eſtremecimiento à un P. Miſsionero, que le dixo en una ocaſion, lo deſeaban en la Provincia para empleo Superior, y lleno de confuſion, le reſpondiò, que aun el eſtàr à los pies de todos, le venia mui ancho à ſu indignidad; y añadiò, que ſi llegàra à verſe tal montruoſidad, le pedirìa à Dios, le quitaſſe la vida. Sin duda que lo executò aſsi al verſe nombrado Superior de eſtas Miſsiones; y quando le ſeñalò N.P. General por Provincial de eſta Provincia; ocupaciones, en que tanto tuvo, que vencer el vil concepto, que formaba de sì; pero Dios, que le queria en ellas, no oyò ſus ruegos; y huvo de rendirſe ſu repugnancia en obſequio de la obediencia à ſus Superiores, en cuya voluntad ſeguia, y adoraba la Divina.

Hizo amabiliſsimo à todos, al P. Miguel ſu humildad; pero ſu miſma humildad dexò en ſu muerte, quexoſa nueſtra expectacion, privandonos de mucha noticia de ſus exemplos, luces, y ſentimientos con haver pocos dias antes de morir condenado à las llamas por medio de los Indios, que le aſsiſtian ſus papeles, y apuntamientos eſpirituales; y por haverſe accidentalmente librado del incendio algunos pocos, del theſoro, que en ellos ſe encuentra, infiere nueſtro dolor lo mucho, que malogramos en los que perdimos.

Al paſſo, que ſu humildad le hacia juzgar baxiſsimamente de

sì; y sus operaciones, le inducia à mirar con grande aprecio, las de sus Hermanos, siendo siempre gran celebrador de quanto bueno veia en ellos, y dandole mas vivo, y mas realze con lo que lo adelantaban los ojos de charidad, con que lo miraba. En su lengua, nadie era malo; todos eran buenos, y solo de sì mismo juzgaba ser el peor del mundo. Palabra, que oliesse à alabanza propria, no se le oìa jamàs; ni menos, queja de ninguno. Odio implacable tenia à la murmuracion, aunque fuesse levissima: y no havra quien pueda decir, que le oyò murmurar, ni defectos ordinarios, y ligeros; y si alguna vez en su presencia se deslizaba alguno en palabra, que pudiesse ser censura de agenos defectos, divertia con sal, y gracia la conversacion à otro assumpto; y con tal destreza, que no causaba sentimiento al que asi se veia corregido. Aun à lo mismo, que en sì proprio traia trage de defecto, le procuraba hallar visos honestos, con que escusarlo: y quando era tan claro, que no le hallaba disculpa, se abstenia de juzgarlo, dexandole à Dios el juicio; y asi era estrivillo ordinario, y como proloquio de su miramiento el decir: *No es de mi incumbencia el juzgarlo; son cosas, que no me tocan: juzguelo Dios.*

La porfia, fecunda escuela de discordias, y ruina segura de la humildad, estuvo siempre mui lexos de su Religiosa cordura, que à qualquiera asomo de contradicion, le hacia ceder luego su dictamen, sin insistir mas en su parecer: y sin duda obraba en esta su docilidad, el reparo à la Regla veinte y ocho de las comunes, y acordarse de aquel axioma de nuestro Santo Padre, que tenia trasladado en sus apuntes espirituales.

Nulli, vel minimo, quavis ratione repugnes.
Cedere te potius, quam superare juvet.

Es mui proprio de los humildes, el ser mansos; y asi lo fue tanto el P. Miguel, que era à su mansedumbre mui extraño idioma el de la ira, segun la desconocia. Aun provocado de las ocasiones, que mui de ordinario ofrece la corta capacidad de los Indios, sabia reprimirse su sufrimiento; y en estos lances, lo mas que se le oian, eran estas voces: *Hai tal sin razon?* Y si alguna vez era necessario

para

para la correccion el exaſperarſe con los culpados; y moſtrarles algun enojo; eſte le apuntaban los labios, y el roſtro; pero no lo ſentia el corazon, à donde no llegaba la amargura, que moſtraba en las voces. Moſtròlo bien en una ocaſion, en que viſitando el Pueblo, acompañado de otro Miſsionero, que havia de paſſo llegado à ſu Miſsion; y encontrando un deſorden, que pedia corregirſe, ſe moſtrò tan airado, y diò tales mueſtras de enojo, que el otro Padre imaginò, eſtaria realmente amargado, y deſabrido; mas mui en breve conociò todo lo contrario, pues apenas ſe apartaron de los culpados, ſe volviò à ſu Hueſped, y le dixo: *No he hecho bien el papel del enojado?* Y continuò con ſerenidad en la platica, que llevaban, y manifeſtò el grande dominio, que tenia en la paſsion de la ira, y que ſabia uſar de ella ſin quiebra de la manſedumbre, quando la obligacion lo neceſsitaba à moſtrarla en lo exterior.

Hermana de ſu manſedumbre fue la paciencia, con que imperturbable llevò los trabajos de ſu miniſterio; las graves enfermedades, que padeciò en eſtos temples tan opueſtos à ſu complexion; las repetidas peſtes, con que le afligiò el Señor con diminucion, y menoſcabo de ſu Pueblo, que como lo amaba tiernamente, no podia dexar de ſerle mui doloroſo eſte golpe; como tambien el que daba à ſu corazon la fuga à la Gentilidad de los que ya Cathecumenos, miraba como à las puertas de el Bautiſmo, y de ſu dicha, que engañados de el demonio, arraſtrados de ſu paſsion, y anſioſos de las licencias, que les permite la vida barbara, ſe dexan ir à ſu perdicion, y ſu ruina. Todo lo atribuia à caſtigo de ſus pecados, y llorando eſtos, beſaba humilde, y conforme la mano de Dios, que le heria, y el azote, con que le caſtigaba.

La noble virtud de la Religion, ardiò viviſsima en el corazon de el P. Miguel, conſagrado de el todo à Dios, como victima de ſu Suprema Mageſtad. Anonadado en ſu preſencia, era continuo exercicio de eſta virtud la profunda adoracion, que le tributaba el altiſsimo concepto, con que le admiraba ſu Grandeza. Adelantar en todo ſu Divino Culto, fue prolixo cuidado de ſu aſſeo, en quan-

to tenia relacion à Dios, à su Madre Santissima, y à los Santos; zelando la limpieza de los Altares, y de quanto en ellos sirve, ò al Sacrificio de la Missa, ò à las Fiestas de el Señor, y sus Santos. Puso especial cuidado en el estudio de las Rubricas, para que ni mota huviesse, que deslustrasse el explendor, que deseaba en la solemnidad de las Fiestas: y para conseguirlo con las que solemnizaba en su antiguo Pueblo de la Exaltacion, si cantaban la Missa otros Padres, à quienes huviesse convidado, assistia à el Altar, vestido de Sobrepelliz, dirigiendo cuidadoso, lo que echaba menos, ò prevenia su genio Eclesiastico tan instruido en las Rubricas; y Ceremonias. El mismo estylo guardò en las fiestas de el Pueblo de San Pedro, quando despues de Provincial, se restituyò à las Missiones, siendo de aliento, y confusion à todos, ver reducido à Sacristan, ò Maestro de Ceremonias à el que acababa de ilustrar la Provincia con sus prendas, y su Govierno.

Parto proprio de este su genio Eclesiastico desvelado en promover el Culto de el Señor, fue el zelo, con que deseando en todas las Reducciones uniformidad en el Oficio, y Missa, y servir de alivio à los Missioneros, compuso un Quaderno de Rezo con menudas Advertencias; que observadas, no dexan lugar, à que se cometa defecto en lo que es tan proprio de nuestra obligacion. Cada año añadia, lo que se alteraba por razon de las Dominicas, y Fiestas movibles. Esto era de mucho aprecio à los Padres, por que sin fatiga propria, hallaban quanta luz era necessaria à su direccion, y acierto. Antes de sacar en limpio estos papeles, los formaba en retazos, y sobre escritos de cartas, zelando el no gastar, ni un pliego de papel, quando podia suplirlo de otra suerte su amor à la Santa Pobreza.

Miròla como à Madre; y respetola siempre como à firme muro de la Religion, sin permitir en su persona, y alhajas, cosa, que pudiesse deslustrarla en lo mas minimo. Conservò su corazon, desnudo de todo pego à lo terreno. Quando se volviò à las Missiones, fue mucho lo que le dieron sus Benefactores: y si lo reci-

biò,

biò, por no desairar su piedad; fue solo para repartirlo, como lo hizo, luego que llegò, sin reservar para sì cosa, que no fuesse mui necessaria: y aun de esto mismo se fue desnudando despues, sin querer reservar para sì, ni aun los buenos Libros, que traxo; porque mirandolos como embarazo de su aposento, y su pobreza, los entregò, para que como en Libreria comun estuviessen en otra parte. En seis años, que sobreviviò à su vuelta de la Provincia, nunca se pudo recabar, que admitiesse una Sotana nueva, de las que se usan por acà, que son de lienzo de la tierra; y assi todo eran remiendos, las que traxo de el Perù; pero limpias siempre, y asseadas, porque su genio no permitia en su pobreza desaliños de poco limpia. En su aposento, todo estaba respirando pobreza: lo que en èl havia, eran unas pocas estampas, que sirviessen, no à el adorno, sino à la devocion; y lo que se hallò despues de su muerte, solo fueron cilicios, disciplinas, los Breviarios, las Reglas, Libritos de sus Novenas, y devociones, y algunos pocos Libros, en que leia leccion Espiritual, y algo de Historia Sagrada.

Su pureza fue de Angel, como la desea en sus Hijos nuestro Padre. Ayudòla con una continua mortificacion de su carne, y guarda de sus sentidos, sin atreverse, ni aun à tocar una criatura: y si alguna vez (por no extrañarse de aquel agasajo, que visto en sus hijos, hace amable à el Missionero para con sus Padres) acariciaba alguna, era mui à el desgaire, y como quien toca una braza tal era de remirada, y despierta su atencion à evitar, lo que pudiera tener visos remotos de algun riesgo. Con este cuidado, y à costa de el sudor de desvelada mortificacion, hizo mui suya esta preciosa Joya de la Pureza.

En su rendida obediencia, mostrò siempre, lo que advertia de obligacion en la entrega, que havia hecho de su propria voluntad; y que esta entera resignacion consagrada à Dios, asegura à el Religioso en el camino de la perfeccion. Respetaba con humilde rendimiento qualquiera orden de sus Superiores, y jamàs queria otro norte à sus acciones, que el de la obediencia; sin cuya luz, y direccion no hallaba en nada seguridad: como à el contrario, en

nada

nada tenia riesgo, si lo dirigia el Superior. Mostròlo en ocasion de acompañar à el Padre Provincial, en la visita que hizo de estas Missiones. Iban à caballo de un Pueblo à otro, y por no se que accidente, se le desprendiò de la cabeza el freno a la cabalgadura, que llevaba à el Padre Miguel, la qual entonces, como que reconocia, no haver cosa, que la sujetasse, disparò con violencia, y echò à correr desbocada. El Padre Provincial, que advirtiò el riesgo, diò gritos à los Indios, para que procurassen evitarlo, y socorriessen à el Padre en su peligro; y como las voces las oìa ya mui de lexos; mal percebidas de su susto, imaginò, que le decian, se arrojasse à tierra. No huvo, que dudar; por el aprecio, con que respetaba el que le parecia orden Superior: executòlo promptamente; y con tal dicha, que fue sin lesion alguna de su persona: que como esto propriamente fue rodar por obediencia, la premiò el Señor, recibiendolo en manos de su fervor, para que no recibiesse daño alguno en su caida. Y quien assi obedecia en lo meramente imaginado; con què promptitud no se sujetarìa siempre à la realidad de los ordenes de la Obediencia?

§. VII.

DIonos en ella mucho exemplo, como tambien en todas las virtudes, que hacen perfecto à un Religioso. Pero aunque siempre pudieron sus exemplos, ser norma para la imitacion, los ultimos passos de su vida fueron con especialidad un eficaz incentivo à la perfeccion, por lo que se admiraban los sublimes vuelos, que daba à conseguirla, su fervor. En estos 6. años ultimos, todo era prepararse para morir; y no tenia accion, ni pensamiento, que no mirasse à assegurar una feliz eternidad, siendo mui ordinario proloquio de su cuidado el decir: *Busquemos lo eterno: asseguremos lo eterno.*

Ardiò su zelo, extendiendolo à quanto podia conducir à la gloria del Señor, en bien de las almas, y augmento de Christiandad.

tiandad. Ayudaba en quanto podia à las Misiones nuevas, alentando con la pluma à sus Misioneros; y socorriendolos con quanto alcanzaba su pobreza. Prueba de su zelo fue aplicarse en su abanzada edad al estudio de nueva lengua; y conseguir en breve con su aplicacion la Luz bastante para exercitar en ella los ministerios, como lo hacia con incansable tezon en el confessonario: y en los dias de concurso (que lo son todas las fiestas del Señor, de su Santisima Madre, y algunos Santos) era el primero en acudir à confessar, y el ultimo en dexar el confessonario.

Recabò de sus Compañeros con sus instancias, y ruegos, el permisso de que corriesse à su cuidado, cantar las Missas de Nuestra Señora los Sabados, la Salve sobre tarde, y salir revestido con Capa de Coro en la Procesion del Rosario; administrar à los enfermos la Extrema-Uncion; y atender à los Baptismos de los Parvulos, ministerio proprio de los Compañeros, y de los recien-llegados, que por falta de Lengua, no pueden ayudar en otra cosa.

No le vagaba instante; por que ansioso de lograr el tiempo, el que le dexaban sus ministerios, todo lo gastaba con Dios; y en amores con Jesus Crucificado, que era toda su delicia, su amor, y su confianza, explicandole en lagrymas, y suspiros lo que deseaba agradecer tanta fineza tan mal correspondida de los hombres; y decia, que si las lagrymas son la sangre mas pura del corazon, que sale con otro color à los ojos, seria bien tributar un mar de llanto, à quien nos diò primero un pielago de sangre.

Deseaba mostrarle su agradecimiento con padecer mucho por su amor: y viò logrados sus deseos en el trabajo, que le enviò de una dolorosa llaga en el pie izquierdo, que naciendo de la planta subia algo à aquella parte, que mira àcia el empeine. Comenzò por nada; y poco à poco mostrò tanta malicia, que no huvo remedios, que alcanzassen à su curacion. Padeciòla por espacio de año y medio; y el año entero lo passò, como si estuviesse sano: y siendo assi, que era intenso el dolor, que sentia, y que apenas podia firmar el pie sin gravissimo tormento, dixo Missa todos los dias hasta

ta

ta que celebrando este Santo Sacrificio, le sobrevino un fluxo de sangre tan copioso, que lo puso en igual cuidado, que peligro. Quando llegò el Jubileo de 40. horas de este año de 33. estaba ya mui declarado su riesgo en la venenosa malicia, que mostraba la llaga con una grande excrecēcia de carne callosa en ella con tal dolor, que qualquiera movimiento era un puñal à su tolerancia. No obstante cantò las Missas de aquellos dias; encerrò al Señor por las tardes; y gastò en el confessonario todos los tres dias con rara constancia, y tezon, aunque con indecible trabajo, por no hallar postura, que pudiesse ser alivio al dolor de su pie enfermo.

Asi prosiguiò hasta ultimos de Febrero, en que se le imposibilitò del todo el movimiento; y le fue precisso reducirse al potro de una Amaca, sin poder por sì dar passo, y siendo necessario, que otros le cargassen de noche à la cama. Alli en la Amaca, continuaba con todo fervor sus exercicios sin alterar nada en ellos; antes si, realzandolos con las ultimas llamaradas, que brotaban del Etna de su corazon. Estos quatro meses antes de su dichosa muerte fueron empleo à su alma de incessantes suspiros à las puertas de la Divina Piedad en ardentisimas jaculatorias, y fervorosos actos de Fè, Esperanza, y Charidad: y arrojado en los amorosos brazos de la Divina Providencia, por instantes, le repetia actos de conformidad, de amor de Dios, y perfecta Contricion de sus pecados, con tanta ternura, repeticion, y ardor, que siendo augmento del fuego, que abrasaba su pecho, eran juntamente mucha luz para los que le asistian, y visitaban.

Tratabase un dia de estos de su enfermedad, del valor, que tienen para con Dios nuestros deseos, si son eficaces, y no veleidades; y que el mismo desear amar à Dios, era ya amarle; y que en el mismo intenso deseo de la contricion iba embebida ella misma, aunque no se conociesse: y arrebatado de su amor à Dios, se volvio à una Imagen de Jesu Christo muerto en los brazos de su Santisima Madre, que tenia cerca, y exclamò asi: *Bien sabes, bien de mi alma, y todo mi amor, que no deseo otra cosa, que saberte amar; y que quisiera morirme de dolor de haverte ofendido*, paran-

do

do luego en estos sus afectos, porque fuessen su mejor explicacion las lagrymas, que le salian de los ojos, y eran impedimento à su voz.

Fueronsele repitiendo los fluxos de sangre, y en cada uno un nuevo riesgo à su vida. Declaròse especie de cancer el de su llaga; y assi con animo tranquilo, y serena conformidad tratò con tiempo de recibir todos los Sacramentos, como de hecho los recibiò con la ardiente, y fervorosa disposicion, de que havia cobrado habito con la que en sana salud procurò llevar al confessarse, y al celebrar el Santo Sacrificio de la Missa: y assegura su Confessor, que en las varias ocasiones, que repitiò confessiones generales, llegò à rezelar, que se le quedaba muerto de dolor, segun le embargaban la respiracion sus sollozos, y su amargura.

Aunque cada dia se le iba agravando mas su accidente, y decrecian sus fuerzas con la mucha evacuacion de la llaga, y abundancia de sangre, que salia de ella, mientras le durò la voz, no cessò su lengua de endulzar sus dolores con los dulcissimos nombres de Jesus, Maria, y Joseph, y repetirles mil amores su devocion, y confianza. Dixosela repetidas veces la recomendacion, del alma, y ya fuera de sentido, tuvo varios parascimos, que podian equivocarse con la muerte: pero volvia otra vez en sì; y al cobrar aliento en su deliquio, era su primera respiracion, llamar à Dios, à Jesus, y Maria; en que mostraba estar mui viva la llama de su amor, que solo pudo apagarse con la muerte, que pareciò sueño, segun el sossiego, con que entregò su espiritu en manos de su Criador, Sabado veinte y siete de Junio, dia de la vigilia del glorioso Apostol San Pedro, siendo de poco mas de sesenta y cinco años de edad; quarenta y ocho y medio, de Compañia; y de Professo veinte y nueve y medio.

§. VIII.

NO parece, que carece de misterio la circunstancia de haver muerto Sabado à la misma hora, que salia de la Iglesia el Rosario de la Santissima Virgen, funcion, que despues de cantar-

de la Salve, le servia quando sano todos los Sabados; como que premiaba esta Divina Señora aquel obsequio, que le tributò su devocion. A imitacion de Nuestro Santo Padre, professò ternissima devocion al Apostol San Pedro; y le compuso una Novena, que es un primor de su espiritu, y fogoso incendio, que aviva su devocion, y su culto; y que es lastima no hacerla publica, y comun con el beneficio de la Prensa. Premio sin duda de esta su devocion puede mirarse el haverlo llevado en su vigilia, y en su casa, el mismo dia, y à la misma hora, q̃ seis años antes havia entrado en ella à servirle como su Capellan.

Parece, que tuvo anticipada noticia del dia de su muerte: porque à dos de Junio, veinte y cinco dias antes de morir, despues de haver recibido al Señor, y dadole gracias con la pausa, y fervor, que solia, enviò à llamar à su compañero; y con algunos assomos en el rostro de especial consuelo, le preguntò, à que Padres tenia convidados para la fiesta de San Pedro Patron del Pueblo? Nombròselos el Padre; entonces dixo el Padre estas formales palabras: *Solemne entierro tendrèmos, y aguarèmos la fiesta: pero que consuelo para mi, si la celebro en el Cielo?* Piadosamente puede creerse, que consiguiò su deseo, y que logrò hacer choro con los Bienaventurados para continuarle à su Patron en la Gloria las alabanzas, que havian sido exercicio de su devocion en la tierra.

Y sirva de argumento para juzgarlo assi, lo que depone un Anciano, mui Religioso, y de gran verdad, que le amortajò; que assevera, que al sentar el Cadaver para vestirlo exalò un holor suavissimo, y una fragrancia de las que no se perciben en la tierra, contra lo que en lo natural podia esperarse de un cuerpo, que havia muerto de cancer, y putrefaccion: con que no serà extraño, ni digno de censura, el que nuestra veneracion, alentada de la piedad, haga juicio, de que quiso la Providencia manifestàr la gloria de su alma en aquella marabilla, que resaltaba à su cuerpo.

Verificòse la solemnidad, que tanto antes le predixo à su Entierro, pues no cabe en estos retiros cosa, que exceda, ni que iguale otra vez, la que por la concurrencia de seis Missioneros, llamados

dos à la fiesta, pudo disponerse, como ultimo Oficio del amor, y del respeto. Pompa funeral puede llamarse tambien el amargo llanto, con que explicò la gente de San Pedro la pena de tal perdida; pues llena la Iglesia de clamores, fue necessario atajarlos para proceder à los Oficios; y ciertamente, ni à sus hijos, ni à sus padres suelen llorar, como lloraron al P. Miguel, ostentandose mui racionales en saber dar peso à su gran perdida.

La falta, que nos hace, la suplirà desde el Cielo, recabando de el Señor, despierte, y avive el zelo de los de la Provincia, para que siguiendo sus exemplos, sepan emularle sus passos, consagrados à un ministerio tan proprio de nuestro Instituto, y que tanto consuelo le diò à el Padre Miguel en su muerte; y mas en las circunstancias presentes de hallarse estas Missiones, qual nunca, de faltas de Missioneros. Con el aviso de la muerte de el Padre Miguel, que se anticipò, supongo hechos en la Provincia los sufragios, que se acostumbran por nuestros difuntos, y ahora solo los acuerdo para cumplimiento de mi obligacion; à quien procuro atender con rogar à el Señor, nos guarde à V.R. para bien de estas Missiones, &c. Santissima Trinidad, y Septiembre 27. de 1733.

Mui rendido Subdito de V. R.

Luis de Benavente.

BC915537